

ESTILO Y VIDA EN EL ORADOR ANDÓCIDES

Antonio López Eire

Desde el punto de vista estilístico, el orador Andócides era ya para Wilamowitz un verdadero enigma del que uno se desentendería con gran alivio. Ello se debía, en opinión del insigne filólogo, a que este orador no podía ser clasificado cómodamente, ya que su lengua ni pertenecía a la *ἀρχαία Ἀρχαία* ni a la *νέα*. Así lo dejó dicho expresamente el gran helenista en un trabajo titulado «Ueber die Entstehung der griechischen Schriftsprache», incluido en las *Verhandlung. der Philologenversammlung zu Wiesbaden* (Leipzig 1876), en cuya página 36 se lee exactamente lo que sigue: «Neben Antiphon haben wir Andokides, einen rätselhaften Stilisten, dem man gerne aus dem Wege geht, da er weder recht der *ἀρχαία* noch der *νέα* zugehört, und den sich die Holländer darum kurzweg mit der Athetese vom Halse geschafft haben».

Efectivamente, el gran problema del estilo de Andócides es que a Dionisio de Halicarnaso (D.H. *Lys.*2) le pareció representante de la *νέα Ἀρχαία*, al igual que el de Lisias, mientras que, si bien se considera, uno encuentra en la *λέξις* del autor de *Sobre los Misterios* buen número de rasgos que nos inclinan a considerarla más bien parte integrante de la *ἀρχαία Ἀρχαία*, e, incluso, próxima a la de Tucídides. Esta *ἀρχαία Ἀρχαία* —como es sabido— se caracteriza, tal como lo expone Dionisio de Halicarnaso (D.H. *Tb* 23), por tener pequeñas diferencias con respecto al jonio. Es, además, según el mismo crítico literario, la

modalidad de ático que utilizó el gran historiador de la Guerra del Peloponeso. Pero para el autor de las dos *Cartas a Ammeo* nada tiene que ver la lengua usada por Tucídides con la empleada por Andócides (D.H. Th. 51) y otros oradores, como Antifonte y Lisias.

Sin embargo, aunque parece a primera vista que nuestro orador se acerca más a lo que debía ser el ático comúnmente hablado en la época, con lo que se distanciaría del empleado por el insigne historiador ateniense y del usado por el autor de las *Tetralogías*, un conjunto de hechos nos aconsejan ver en el dialecto que utilizó Andócides esa variedad de ático culto que se convertirá en embrión de la *koiné*; un ático que ya tiene incorporados jónismos, poetismos y, en general, ha recibido la influencia y asimilado muchos rasgos del culto dialecto jónico. Un dialecto, asimismo, que ha desechado rasgos típicos, locales, en pro de una mayor regularización y capacidad de extensión por el mundo griego.

No estamos de acuerdo con B. Rosenkranz, autor de un trabajo titulado «Der lokale Grundton und die persönliche Eigenart in der Sprache des Thukydides und der älteren attischen Redner», publicado en *Indogermanische Forschungen* (IF 48 [1930], 127-178), según el cual los rasgos lingüísticos de la *ἀρχαία Ἀττικῆς* no se deben a influencia jónica, sino que son, sencillamente, la lengua coloquial —*Umgangssprache*— del momento en el Ática. Para nosotros la *ἀρχαία Ἀττικῆς* es una *Schriftsprache*, lengua literaria culta, en la que se combina el dialecto ático, como base, con elementos jónicos transmitidos fundamentalmente por vía literaria. Por poner un ejemplo: es comparable a la lengua resultante de la conjunción del castellano con latinismos y cultismos, lengua que, como es sabido, terminó convirtiéndose en nacional (el español) del mismo modo que la *ἀρχαία Ἀττικῆς* acabará siendo la *koiné*.

Por otro lado, la lectura y estudio atentos de los tres discursos del orador, compuestos por él para uso propio, revelan un conocimiento imperfecto, pero gradualmente progresivo, de la teoría, técnica y recursos de la oratoria.

Pues bien, nuestro propósito es exponer cómo el enigma que Andócides planteaba a Wilamowitz puede ser resuelto teniendo en cuenta la biografía y carácter del orador a la hora de estudiar su lengua y estilo.

Para confeccionar la biografía de Andócides, los antiguos disponían de abundantes y ricas fuentes: en primer lugar, los propios discursos del orador, colmados de datos autobiográficos; en segundo término, las obras historiográficas que lo mencionan al tratar de ciertos sucesos relevantes en la historia de Atenas, en los que nuestro hombre tuvo destacada actuación; finalmente, el discurso dirigido contra él que se atribuye falsamente a Lisias.

De estas fuentes proceden básicamente todas las notas y apuntes que sobre el orador y su obra nos han transmitido el Pseudo-Plutarco verdadero, la *Suda* y Dionisio de Halicarnaso entre otros.

Perteneía Andócides a una vieja familia de noble linaje, asentada desde antiguo en el Ática, que hacía remontar sus orígenes a Odiseo y, a través de él, al mismísimo Hermes. Era del demo de Cidateneo y formaba parte de la tribu Pandiónide.

El orador se jacta de su bisabuelo, llamado Leógoras, que se enfrentó a los Pisistrátidas combatiendo por la libertad al lado del pueblo:

«Vuestros antepasados —dice¹—, cuando grandes males sobrevinieron a la ciudad, en aquellos tiempos en que la tenían en su poder los tiranos mientras que el pueblo iba al destierro, luchando vencieron a los tiranos al pie del santuario de Palene; en calidad de generales figuraban mi bisabuelo Leógoras y Carias, a cuya hija tenía aquel por esposa y de la que nació mi abuelo; volvieron luego a su patria y a unos mararon, a otros condenaron al exilio y a otros dejaron permanecer en la ciudad, pero les privaron de sus derechos ciudadanos».

Del matrimonio de su bisabuelo Leógoras con la hija de Carias vino al mundo el abuelo de nuestro orador, de quien éste heredó el nombre, pues se llamaba también Andócides. De él sabemos que fue estratega en la guerra samia con Sófocles y Pericles², y que anteriormente había sido uno de los diez miembros de la embajada que en nombre de Atenas concluyó con los lacédemonios la «Paz de los treinta años»³.

Este Andócides el Viejo, abuelo del orador y hombre que desempeñó importantes funciones en la política ateniense de su época, tuvo un hijo, Leógoras, de muy distinto carácter, poco activo, de temperamento pacífico, y más aficionado a los banquetes, lujos y faustos que a los negocios de estado. De él habla Aristófanes en las *Nubes* por boca de Fidípides⁴, a quien hace decir:

No, por Dionisio, aunque me dieras
los faisanes que cría Leógoras.

Y en las *Avispas*⁵ reaparece el padre de nuestro orador como prototipo de individuo aficionado a los banquetes y amigo de la buena mesa. Estos

¹ And. I, 106

² *Schol.* Aristid. III, 485 d Dindorf.

³ And. III, 6

⁴ Ar. *Nu.* 108-109.

⁵ Ar. *V.* 1269.

refinados gustos le valieron el apodo de «glotón» con que, a juzgar por Ateneo, lo motejaba Platón el Cómico⁶.

Casó este Leógoras con la hija de Tisandro, y fruto de esta unión fue, además de nuestro orador, una niña, que, con el tiempo, fue dada en matrimonio a Calias, hijo de Telocles.

Familia, pues, la de Andócides, noble, y linaje, el suyo, de antepasados próceres y eupátridas. Así lo hace saber, con orgullo, en cierta ocasión, a los jueces que van a juzgarle⁷:

«Pido, pues, a todos que tengáis hacia mí los mismos sentimientos que hacia mis antepasados, para que también a mí me sea posible imitarlos; recordad que ellos han sido iguales a los que prestaron a la ciudad los más numerosos y grandes servicios, mostrándose tales por muchos motivos, pero sobre todo por el afecto hacia vosotros y para que, si en alguna ocasión algún peligro o vicisitud les amenazara a ellos o a algunos de sus descendientes, alcanzaran comprensión por parte vuestra y se salvaran».

Se comprende perfectamente que nuestro orador, rico y noble, penetrase muy pronto en el círculo de jóvenes aristócratas, disolutos y despreciadores de todo lo divino y lo humano. Con anterioridad al año 415 a J.C., fecha clave en la vida de Andócides, pertenece a la *hetería* o «grupo de camaradería» de un tal Eufileto, y en este ambiente hay que imaginar al orador en ciernes pronunciando un discurso dirigido a sus compañeros (*pròs toùs hetáirous*) con el que, según el testimonio de Plutarco, trataba de excitar los ánimos de aquellos contra los democratas. En esa pieza oratoria, de la que tal vez nos queda un resto en el fragmento 3 de la obra de Andócides⁸, comunicaba a los miembros de su club que los partidarios del poder popular habían descubierto los restos de Temístocles y los habían esparcido a los cuatro vientos.

«En cuanto a los restos mortales (de Temístocles) —afirma Plutarco⁹— no merece la pena hacer caso a Andócides, que decía en su discurso titulado *A mis compañeros* que los atenienses los robaron y dispersaron al viento, pues miente, tratando de excitar contra el pueblo a los partidarios de ejercer el poder unos pocos».

Las inclinaciones políticas de Andócides, marcadamente oligárquicas, salen a relucir en dos fragmentos de su obra que han llegado hasta nosotros y que seguidamente transcribimos en traducción.

⁶ Pl. Com. ap. Ath. 387 a.

⁷ And. I, 341.

⁸ F. Blass-C. Fuhr, *Andocidis orationes*, 19134.

⁹ Plu. Them. 32.

El primero¹⁰, que tal vez, como el que hemos mostrado previamente, formaba parte del discurso dirigido a sus camaradas de ideología, dice así: «Ojalá no volviéramos a ver nunca a los carboneros y los carros bajando de las montañas y llegando a la ciudad, ni ovejas y bueyes, ni mujercitas, hombres viejos y trabajadores pertrechados con armas; ni comamos nunca más hierbas silvestres ni perifollos».

En el segundo¹¹, un despiadado ataque a Hipérbolo, se lee:

«Acerca de Hipérbolo me da vergüenza hablar. Su padre, un esclavo traído, aún hoy trabaja como siervo en la ceca, y él mismo, extranjero y toscó, hace candiles.»

Ambos fragmentos revelan contenidos coincidentes. El primero se refiere claramente a los sinsabores y pesadumbres que acarrió a Atenas la «guerra del Peloponeso» en sus primeros años, la llamada «guerra arquidámica». El segundo zahiere a Hipérbolo, tremendo demagogo de origen humilde, que fue durante la «guerra arquidámica» miembro sobresaliente del partido radical —belicista a ultranza—, y del que llegó a ser máximo dirigente tras la muerte de Cleón, su predecesor en la dirección política de esa facción. Este personaje, ridiculizado sin piedad y sin tregua por los poetas cómicos y atacado por Tucídides¹² con una virulencia inusual en el historiador, tras haber sufrido el ostracismo en el 415 a J.C., encontró la muerte en Samos a manos de los revolucionarios oligarcas.

No puede dejar de llamarnos poderosamente la atención el hecho de que los primeros cultivadores de la prosa ática, en la democrática Atenas de la segunda mitad del siglo V a J.C., sean tan señalados partidarios de la oligarquía. Ahí tenemos al Viejo Oligarca, quien siguiendo un método de observación científica que en muchos aspectos recuerda el empleado por Tucídides, expone sus puntos de vista de aristócrata en el estudio y crítica del fenómeno socio-político que es la democracia ateniense, y de este modo prevé situaciones y atisba perspectivas idénticas a las que intuyeron los revolucionarios oligarcas que organizaron el golpe de estado del 411 a J.C.

A la cabeza de este movimiento figura otro nombre importante en la historia de la prosa ática: el del orador Antifonte, aristócrata orgulloso que nunca condescendió a hablar en público, si bien alcanzó altísima fama como logógrafo y maestro de oratoria. Juntamente con Frínico, dirigió la conjuración oligárquica del 411 a J.C., y ambos, en compañía de otros

¹⁰ Fr. 4 Blass-Fuhr.

¹¹ Fr. 5 Blass-Fuhr.

¹² Th. VIII, 73.

ocho, se llegaron a Esparta para negociar la paz; pero esta misión fracasó. Frínico fue asesinado, los Cuatrocientos (es decir, el consejo oligárquico revolucionario que se estableció en Atenas en la primavera del 411 a J.C.) perdieron el control de la situación y él mismo, junto con Arqueptólemo, fue procesado bajo la acusación de alta traición y condenado a muerte tras haber pronunciado un discurso en defensa propia que, en la estimación de su gran admirador Tucídides¹³, era la más bella pieza oratoria de todos los tiempos.

Pues bien, el tercer eximio representante de la prosa ática en sus comienzos es igualmente un ateniense de ideología política netamente propensa a la oligarquía, Andócides, cuya vida y obra quedaron marcadas una fatídica noche del año 415 a J.C., la víspera de la expedición ateniense a Sicilia. Lo que aconteció esa noche se descubrió a la mañana siguiente y lo narró puntualmente Tucídides¹⁴: aparecieron mutilados los Hermes, unas estatuillas de piedra que representaban a ese dios y se colocaban delante de las casas particulares y en lugares sagrados de Atenas. Todos menos uno —el de la tribu Egeida¹⁵— despertaron al nuevo día sin rostro y tal vez sin falo. El sacrilegio se entendió en la ciudad de Atenea como un siniestro presagio que condenaba de antemano al desastre a la expedición proyectada y ya a punto de ser emprendida, y, por otro lado, era para los atenienses un inequívoco indicio de una confabulación de elementos antidemócratas¹⁶ dispuestos a dar al traste con el poder del pueblo. Como se consideraba que era grave el peligro que sobre la democracia ateniense se cernía, se llevaron a cabo diligentes investigaciones que revelaron nuevos datos: ya con anterioridad, jóvenes en estado de embriaguez habían mutilado otras imágenes sagradas y parodiado los Misterios de Demeter. El principal encartado en la acusación era Alcibíades, pero él partió hacia Sicilia mientras la cárcel de Atenas se iba llenando de inculpados.

«Es entonces —dice Tucídides¹⁷— cuando uno de los encarcelados, que pasaba por ser el más culpable, es persuadido por uno de sus compañeros de prisión para que haga una confesión, verdadera o no, de los hechos, pues en uno u otro sentido hay conjeturas, pero lo cierto es que nadie ni entonces ni más tarde ha sido capaz de referir la verdad sobre los autores del hecho. Y a fuerza de hablarle, lo convenció de que, aunque él no hubiera cometido el sacrilegio, debía asegurarse la inmunidad y luego salvar-

¹³ Th. VIII, 68.

¹⁴ Th. VI, 27, 1 ss.

¹⁵ *Phu. Nic.* 12; *And.* I, 62.

¹⁶ Th. VI, 27, 3; VI, 60, 1.

¹⁷ Th. VI, 60, 2 ss.

se a sí mismo y liberar a la ciudad de la situación de recelo en que se hallaba; porque si confesaba bajo promesa de inmunidad, tenía más seguridad de salvar su vida que negando el cargo y sometiéndose a juicio. Y él personalmente informa contra sí mismo y contra otros respecto del asunto de los Hermes. Y el pueblo ateniense, contento por haber logrado lo que creía ser la verdad, y dado que anteriormente iba llevando muy mal la posibilidad de no conocer a los que conspiraban contra sus clases populares, al punto dejaron libres al informador y con él a los demás, a cuantos no había acusado, mientras que a los denunciados los sometieron a juicio y mataron a cuantos fueron apresados; a los que escaparon los sentenciaron a muerte y proclamaron una recompensa para quien los matara. Y a todo eso no se sabía si las víctimas habían sido castigadas injustamente; la ciudad, no obstante, por el momento resultaba a todas luces beneficiada».

El personaje que parecía ser el más culpable del sacrilegio —por utilizar la expresión tucidídea— y que se dejó convencer por Cármenes, primo de nuestro orador y compañero de prisión, fue el propio Andócides.

De los discursos de éste, el titulado *Sobre su regreso* fue pronunciado el 407 a J.C., es decir, tres años antes de que volviera Tucídides a Atenas en virtud de un decreto propuesto por Enobio¹⁸, y el que lleva por título *Sobre los Misterios* lo fue en el 399 a J.C., fecha muy próxima ya a la de la muerte del historiador. Tal vez por eso el autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso* no es muy explícito en la narración del suceso en cuestión. Lo presenta de manera muy objetiva, en sus rasgos generales; nos indica que en torno a la veracidad de la delación había dos versiones contrarias; pero a nosotros nos hubiera gustado conocer con exactitud a través del relato de tan fiable historiador el grado de culpabilidad de Andócides y cuál había sido su intervención en el sacrilegio. Ciertamente es que nuestro orador reconoce en *Sobre su propio regreso* haber tenido una pequeña parte de culpa en los hechos, aunque más tarde en *Sobre los Misterios* intenta aparecer ante los jueces como inocente.

La verdad fue, pese a todo, que por la delación el infortunado Andócides se ganó la enemistad de sus antiguos amigos, que, como era de esperar, lo consideraron traidor y lo aborrecieron hasta el punto de instar a Isotímides a que propusiera un decreto por el que se castigaba con la *atimía* (deshonra que llevaba aparejada la pérdida total o parcial, según los casos, de los derechos cívicos) y con la exclusión del Ágora y de los templos a todos aquellos que hubieran sido culpables y convictos de impiedad. Tal decreto, que fue aprobado, iba dirigido contra el orador de forma muy particular y directa.

¹⁸ Paus. I, 23, 11.

Como la estancia en Atenas le resultaba insoportable, arruinado¹⁹ como estaba y castigado con la *atimía*, decidió marchar al exilio. Así, pues, se hizo a la mar y se dedicó al comercio, yendo de un país en otro y esforzándose, de paso, por establecer lazos de hospitalidad y amistad con reyes, ciudades y particulares. Sin embargo, dice el Pseudo-Lisias, autor del discurso VI del *Corpus lysiacum* titulado *Contra Andócides*²⁰, que nuestro orador fue sembrando confusión y discordia allí donde llegaba: Sicilia, Italia, Elide, Tesalia, el Helesponto, Jonia y Chipre.

Precisamente en Chipre, primera escala de su viaje aventurero, recibió en regalo un extenso y fértil terreno. Pero no tardó en tener problemas con el rey de Citio.

Más tarde, en el 411 a J.C., creyó llegado el momento de su regreso a Atenas; se hizo con madera, que puso a su disposición el rey Arquelaos de Macedonia, con quien le unían vínculos de hospitalidad heredados de su familia paterna, y se la proporcionó, juntamente con sendos cargamentos de trigo y bronce, a la flota ateniense establecida en Samos, esperando cobrarse muy pronto tan singular beneficio²¹. En efecto, inmediatamente después se presentó en Atenas a recibir la recompensa por el servicio prestado; pero el pobre Andócides escogió muy mal momento, pues el favor lo hizo a los marinos demócratas y cuando llegó al Pireo se encontró con que en su patria mandaba el gobierno oligárquico de los Cuatrocientos²².

Poco después los Cuatrocientos fueron derrocados y una vez más intentó nuestro orador volver a su patria e instalarse en ella con todos los derechos a cambio de la prestación por su parte de un nuevo servicio a Atenas. Otruvo de los prítanos permiso para dirigirse a la Asamblea y previamente, en sesión secreta, al Consejo. Ante ambas cámaras expuso que tenía la posibilidad de hacer llegar a Atenas cargamentos de trigo procedentes de Chipre²³. He aquí el contenido y el designio del discurso *Sobre su propio regreso*, que nuestro orador pronunció ante la Asamblea. Pero no ganó el favor de sus compatriotas y no tuvo más remedio que exiliarse por segunda vez.

Estamos en el 407 a J.C.²⁴. Dos años más tarde, o sea, en el 405 a J.C., un decreto propuesto por Patroclides rehabilita a todos aquellos que pre-

¹⁹ And. I, 144.

²⁰ Ps. Lys. VI, 6-7.

²¹ And. II, 11-12.

²² And. II, 13 ss.

²³ And. II, 20.

²⁴ Según U. ALBINI. «Per un profilo di Andocide», *Maia* VIII (1956), 163-180, el discurso *Sobre su propio regreso* fue pronunciado en el 409 a J.C. Se inclina por el año 407 a J.C. F. Blass, aunque deja bien en claro que el discurso de Andócides titulado *Sobre su regreso* pue-

viamente hubieran sido penados con la *atimía*. Por si esto fuera poco, dos años después Trasíbulo, hijo de Lico, al frente de mil exiliados, se apodera del Pireo, derrota a las tropas de los Treinta Tiranos y, previa proclamación de una amnistía acordada a solicitud de Esparta, dirige sus hombres a Atenas y restaura la democracia en la ciudad del Partenón. Es entonces cuando tiene lugar, en el 402 a.J.C.²⁵, el tan ansiado regreso de Andócides a su patria, en la que a partir de ese instante ejerce plenamente sus derechos de ciudadano. Quien acusó a nuestro orador pronunciando el discurso del Pseudo-Lisias²⁶ no puede dar crédito a lo que contemplan sus ojos: el desvergonzado Andócides «se dispone a intervenir en los asuntos públicos, habla ante el pueblo, acusa y somete a examen a magistrados, acude a las reuniones del Consejo y toma parte en las deliberaciones de éste acerca de los sacrificios, las procesiones, las plegarias y los oráculos». Pero no acaba aquí todo: nuestro orador ve recuperarse su fortuna y vuelve a ser en su patria el ciudadano de buena posición económica que antes era. Se le encarga la prestación de servicios públicos encomendados a los ciudadanos ricos, y así lo vemos de intendente del tesoro de la Acrópolis²⁷, de gimnasiarco en las fiestas de Hefesto, de jefe de *teoros* en las delegaciones (*theoríai*) atenienses que acudieron a los Juegos Ístmicos y olímpicos, y hasta tuvo la gran suerte —según nos informa un decreto honorífico²⁸— de obtener la victoria al frente de un coro cíclico de niños de la tribu a la que él mismo pertenecía, la Pandiónide.

No tardó, sin embargo, en verse envuelto una vez más en procesos judiciales. Quizá tenga razón el autor del discurso VI del *Corpus Lysiacum*²⁹ cuando dice de nuestro orador: «Y a ese hombre, ni la democracia, ni la tiranía, ni la oligarquía, ni ciudad alguna están dispuestas a aceptarlo sucesivamente; antes bien, de continuo, desde que cometió la impiedad, pasa su vida errabundo, confiando siempre más en los desconocidos que en los conocidos por el hecho de haber ofendido a los que conoce. Finalmente, recién llegado ahora a nuestra ciudad, ha sido denunciado dos veces en el mismo lugar.»

Nuestro Andócides era, pues, todo un aristócrata orgulloso de su linaje, ambicioso sin límite y con mucho de intrigante y de aventurero. Ya

de datarse entre el 411 y el 405 a.J.C. Cf. BLASS F. *Die attische Beredsamkeit*, reimpr., Hildesheim, 19623, 290, núm. 1.

²⁵ Cf. DALMEYDA G., *Andocide, Discours*, París 19663, XI.

²⁶ Ps. Lys. VI, 33.

²⁷ And. I, 133.

²⁸ IG II², 1138.

²⁹ Ps. Lys. VI, 30.

hemos visto con qué desprecio habla de Hipérbolo, el fabricante de candiles, hijo de un esclavo que trabajaba en la ceca. Con idéntico desdén trata a Cleofonte, sucesor de aquél en el caudillaje del partido del pueblo después de la restauración de la democracia que tuvo lugar en el 410 a J.C. En el discurso *Sobre los Misterios*³⁰ nuestro orador le llama despectivamente «fabricante de liras».

No se nos hace, por tanto, difícil de admitir que Andócides, seguro de sí mismo y absolutamente convencido de su superioridad respecto de buena parte de sus conciudadanos, no diese, con su comportamiento y modo de obrar, edificantes ejemplos de mesura y escrupulosidad moral.

Y, en efecto, no los dio. Pasamos por alto la cuestión de su intervención en el asunto de la mutilación de los Hermes y la parodia de los Misterios, pues en una ocasión³¹ reconoce haber tenido cierta culpa, si bien mínima y en buena medida mitigada por razón de su propia juventud, insensatez y maléficas influencias ajenas, mientras que en otra³², por el contrario, se declara del todo inocente y limpio de tacha. Tampoco tenemos en cuenta la grave falta que sus enemigos le imputaron acusándole de haber denunciado a su propio padre en el asunto de la parodia de los Misterios; pues él asegura —y en este punto parece sincero— que en ese particular nunca denunció a nadie ni nadie le había denunciado a él³³. No sabemos ya si debemos creer o no la historia que nos refiere el Pseudo-Plutarco, según la cual Andócides raptó a una ateniense, prima suya e hija de Aristides, y se la envió como regalo al rey de Chipre; pero, como a consecuencia de este rapto estuvo a punto de ser llevado ante los tribunales, volvió a robarla, esta vez substrayéndosela al rey de Chipre, a quien se la regalara, y la restituyó a Atenas.

No obstante, hay una serie de detalles reveladores de la ancha conciencia de nuestro orador, a los cuales no podemos sino dar total crédito y asenso.

El año 399 a J.C., Cefisio, investigado por Calias (el hijastro de Pericles, cuya casa fue el escenario donde se desarrollaron dos famosos diálogos, el *Protágoras* platónico y el *Simposio* de Jenofonte) acusa a Andócides de dos cargos, a saber: haber contravenido el decreto de Isotímides, pues había presenciado la celebración de los Misterios eleusinos pese a haber sido previamente convicto y confeso de impiedad, y, en segundo lugar, haber colocado un ramo de suplicante sobre el altar del Eleusinio de Atenas, lo

³⁰ And. II, 146.

³¹ And. II, 7.

³² En *Sobre los misterios*.

³³ And. I, 19-24.

que, si se hacía durante los Misterios, se castigaba, en virtud de una rigurosa ley ancestral, con la pena de muerte aplicada sin previo juicio al malhechor. Pues bien, nuestro orador no se contenta con declararse inocente del primer cargo, asegurando que ni cometió delito de impiedad en el 415 a J.C. ni el decreto de Isotímides era ya válido en el 400 a J.C., sino que, además, por lo que respecta a la segunda inculpación, da por seguro que para el Consejo es evidente que fue el propio Calias quien, para perderlo, depositó sobre el altar el susodicho ramo de suplicante³⁴

Examinemos otra prueba del carácter falaz e insincero de nuestro orador: el discurso titulado *Sobre la paz con los lacedemonios* es el que aparece en tercer lugar en los manuscritos que transmiten la obra de Andócides, después del *Sobre los Misterios* y el *Sobre su propio regreso*. Aunque Dionisio de Halicarnaso lo considera apócrifo, existen buenas razones, históricas y estilísticas, que nos inclinan hoy a considerarlo genuino. Este discurso fue pronunciado ante el pueblo en el verano del 391 a J.C. Esparta estaba en ese momento enfrentada a Atenas, Tebas, Argos y Corinto. Aunque Agesilao había resultado vencedor tres años antes en Queronea (394 a J.C.), la flota espartana había sido derrotada por Conón en aguas de Cnido e Ificrates había logrado sus primeros éxitos luchando contra los lacedemonios al frente de sus compañías de peltastas.

Esparta decide, pues, negociar con el rey y tratar de obtener de él que retire su apoyo a Atenas, cuyos Muros Largos se habían reedificado con oro persa. En nombre de los lacedemonios se presenta Antálcidas en Sardes, donde conversa con el gobernador de esta satrapía, Tiríbazos, en el 392 a J.C., y le expone el interés de una alianza entre Persia y Esparta. De ella resultaría la paz que el rey deseaba (la futura «Paz de Antálcidas» del 486 a J.C.) basada en estos dos principios: la autonomía de las islas y ciudades de Grecia y la cesión al rey de las ciudades griegas de Asia, condiciones que significaban para Atenas la pérdida de Lemnos, Imbros y Esciros; para Tebas, el fin de su preeminencia sobre las demás ciudades beocias, y, para los argivos, la necesidad de renunciar a Corinto. Así, pues, los atenienses y sus aliados se negaron en Sardes, adonde habían enviado también ellos sus embajadores a firmar una paz que a todas luces les perjudicaba³⁵.

No obstante, Atenas y Esparta no interrumpieron las negociaciones, y en el año 392 a J.C., bajo el arcontado de Filocles, interviene Andócides, por la vía diplomática, en estas gestiones para lograr la paz, en las que los lacedemonios proponían básicamente los mismos requisitos exigidos en Sardes. Y cuando en el año 391 a J.C. nuestro orador regresa de Esparta y

34 Ps. Plu. *Vii. And.* 9-10.

35 *And. I.* 110-118.

expone al pueblo ateniense los resultados de su misión en el discurso *Sobre la paz con los lacedemonios*, silencia arteramente la más mínima referencia a la cláusula del tratado que habría de promover de inmediato la indignación de Atenas, es decir, la que exigía poner en manos del rey las ciudades griegas de Asia. Ahora bien, según Filocoro, citado por Dídimo³⁶, fue la mencionada cláusula la que efectivamente suscitó la cólera de los atenienses, que no sólo rechazaron de plano la oferta de paz que les proponía Esparta, sino que, además, a propuesta de Calistrato, condenaron al destierro a los embajadores encargados de negociar dicha paz, por haber actuado al margen de las instrucciones que habían recibido por escrito³⁷. Este es el último dato que tenemos la vida del orador.

Andócides insiste, a lo largo del mencionado discurso, en la perentoria necesidad, por parte de Atenas, de aceptar la paz. Una guerra —dice³⁸— no cabe emprenderla ni aunque la ciudad contara con dinero y hombres suficientes para combatir. Si se firma la paz, por el contrario, Atenas podrá reconstruir sus muros y aumentar el número de barcos de su flota. Hasta tal punto —prosigue nuestro orador— es generosa Esparta, que permite la paz y no aspira a poseer más territorio que el suyo propio, deja en libertad a las demás ciudades griegas, y hasta concede uso discrecional del mar a los vencidos.

Pero tampoco sería justo que por efecto de estas últimas palabras nos abandonásemos al error de ver en Andócides a un desarraigado de su patria y hogar. Antes bien, ama a su familia sobre todas las cosas y a Atenas a su manera. Una vez más, también en estos particulares sale a relucir su educación de aristócrata. Si es cierto que en el discurso *Sobre la paz con los lacedemonios* pasa por alto mencionar la cláusula por la que las ciudades griegas de Asia caerían en poder del rey, no lo es menos que lo hace porque considera que su propia opinión sobre los intereses de Atenas está por encima de las necesidades particulares que siente el pueblo llano, realista y, por tanto, consciente de que las murallas reedificadas no van a darle de comer³⁹⁻⁴¹.

Por lo demás, en varias ocasiones trata Andócides de su amor a la patria, de como, estando en el destierro, se apoderaba de él un enorme deseo de regresar a Atenas (de la que —según sus palabras— no está dispuesto a

36 Xen. *Hel.* IV, 8, 12-15.

37 Did. *in D.* 7, 19 ss. (Diels-Schubart).

38 Dem. XIX, 276.

39 And. III, 16.

40 And. III, 12.

41 And. III, 36.

alejarse a cambio de todas las riquezas del mundo⁴²) y de vivir en ella como ciudadano⁴³.

Del mismo modo, es aristócrata orgulloso a través del afecto de sus familiares. En el discurso *Sobre los Misterios*⁴⁴ se refiere a sus antepasados, mezclando en sus palabras arrogancia sentida y humildad simulada, de esta guisa:

«Pues nunca nadie de entre vosotros, pasando por delante de nuestra casa, recordó haber sufrido daño alguno, público o privado, por parte de mis antepasados, quienes muchísimas veces, desempeñando el cargo de generales, os proporcionaron para gloria vuestra numerosos trofeos logrados por tierra y por mar, y, ejerciendo otras muchísimas magistraturas y manejando vuestros fondos, nunca fueron deudores públicos de nada ni ningún delito cometimos nosotros contra vosotros ni vosotros contra nosotros; y nuestra casa es de todas la más antigua y la que siempre ha estado más abierta al menestoroso. Ni en ninguna ocasión nadie de aquellos varones, envuelto en un juicio, os reclamó vuestra gratitud por esos servicios.»

Su amor a la familia de la que formaba parte, entreverado con el afecto que suele sentir el noble hacia su propio linaje, sale a relucir con toda claridad en la perfla de nuestro orador con el rico, aristócrata e influyente Calias⁴⁵ en torno a una mujer, prima de Andócides, que quedó huérfana al morir su padre, Epílico. Según la ley ateniense, cuando un hombre moría dejando a su hija soltera y ningún hijo, aquella pasaba, con la propiedad de su padre, a la tutela del pariente varón más próximo, el cual debía o desposarla él mismo o buscarle marido y proporcionarle una dote.

Pues bien, resumiendo el proceso, fue el caso que un hijo de Calias, hermano o medio hermano de la madre de la solicitada huérfana, la reclamaba. No obstante, el parentesco por línea materna no contaba para nada en situaciones como ésta. La ley, por consiguiente, estaba del lado de Andócides. Pero lo curioso es que nuestro orador se enfrenta directamente a Calias, que era quien, según él, verdaderamente deseaba a la hija de Epílico, y lo hace porque un noble, como él lo era, debía mostrar en las adversidades de sus parientes y consanguíneos inquebrantable adhesión a su familia⁴⁶. Por consideración y respeto a su prez, como él mismo dice⁴⁷, no

42 And. I, 5.

43 And. II, 10.

44 And. I, 146-148.

45 And. I. Véase una buena exposición de las relaciones de parentesco existentes entre Calias y la hija de Epílico en D. MACDOWELL, *Andokides, On the Mysteries*, Oxford, 1962.

46 And. I, 118.

47 And. I, 119.

cede a la pretensión de Calias. Por la misma razón atendió al ruego de su primo Cármides⁴⁸, que le suplicaba salvase a la familia, a la que ambos pertenecían, denunciando a quienes participaron en el sacrilegio de la mutilación de los Hermes⁴⁹.

De cuanto precede puede entresacarse, a modo de conclusión, un rasgo básico del carácter de nuestro orador que aclara su conducta en la vida y permite valorar justamente su obra dentro de la oratoria ática: Andócides, oligarca por naturaleza y democrata por necesidad, fue orador para compaginar su natural inclinación de aristócrata con las circunstancias que le impuso el destino en la democrática Atenas.

Veamos cómo esta definición tiene corroboración inmediata en palabras del propio orador:

Quando pronuncia su segundo discurso, el titulado *Sobre su propio regreso*, que, como es sabido, no obtuvo el éxito que su autor esperaba, se le ocurre —nada menos— argumentar ante el pueblo que cuando se trata de beneficiar al estado, éste no debe negarse a recibir el favor de quienquiera que sea el que se lo brinde, ni aun en el caso de que quien se apreste a otorgárselo sea de inferior condición a la de él mismo⁵⁰, que en ese momento está dispuesto a dar gusto a su patria regalándole un beneficio importante.

Andócides es, pues, un aristócrata altanero cuyos discursos tienen objetivos prácticos y personales. No pretende hacer alardes de oratoria como Antífonte y Lisias. No forma parte de la llamada «oratoria sofística». No sabe manejar como es debido los argumentos de persuasión y captación de benevolencia que estaban en boga a finales del siglo V a J.C. Ni es experto en hacer uso de inferencias lógicas ni de argumentaciones basadas en la probabilidad (*eikós*) que se deduce de señales (*semeia*) o indicios de más amplio valor probativo (*tekméria*).

Bien es verdad, sin embargo, que en su discurso *Sobre la paz con los lacedemonios*, que es estilísticamente el más cuidado, el que en mayor grado ofrece aspectos formales típicos de la retórica deliberativa, y que, cronológicamente, es el último de los tres que fueron pronunciados por nuestro orador (pues data del 391 a J.C.), se utiliza ya un argumento derivado de la probabilidad, aunque la voz *eikós* en ninguna parte de su obra la emplea con significado teórico⁵¹. En efecto, en este pasaje⁵² al

48 And. I, 48-51.

49 And. I, 58-59.

50 And. II, 1.

51 G. A. KENNEDY, «The oratory of Andocides», *AJPh* 79 (1958), 32-43.

52 And. III, 1-10.

que nos referimos, que se localiza al comienzo del mencionado discurso, Andócides, defendiendo la tesis según la cual concluir una paz justa es siempre más conveniente que enzarzarse en una guerra⁵³, se pregunta si no es natural (*eikós*)⁵⁴ que, para comprobar si su afirmación es cierta, se acuda a examinar los tratados de paz firmados antaño por Atenas y se contemplen éstos como indicios probatorios (*tekméria*)⁵⁵ de lo que sucederá en el porvenir. Y así hace, ciertamente. Muestra las ventajas obtenidas a raíz de la paz negociada por Cimón⁵⁶, las derivadas de la paz de los «treinta años»⁵⁷, a la que se comprometieron atenienses y lacedemonios, y, por último, las alcanzadas por la paz de Nicias⁵⁸, que, en su opinión, fueron causa de la prosperidad de Atenas durante los dos años que duró.

Vemos ya aquí, por consiguiente, a un orador más formado, más al tanto de los procedimientos y técnicas de la oratoria, lo cual precisamente —y no el desconocimiento de la historia ateniense del siglo V a J. C., de que hace gala este discurso— despertó serias dudas sobre su autenticidad entre los antiguos. Dionisio de Halicarnaso y Harpocración lo consideraban apócrifo⁵⁹.

Es, por tanto, esta alocución la que señala el más alto grado de preparación retórica alcanzado por Andócides, quien —insistimos— no fue un orador profesional ni de cuerpo entero, sino, con palabras de Gildersleeve que hizo suyas Macdowell, un «gentleman orator»⁶⁰.

Y justamente, como señaló Kingsbury⁶¹, también el estilo de nuestro orador pasa por tres fases, representadas cada una de ellas por cada uno de los tres discursos cronológicamente sucesivos, el *Sobre su propio regreso* (II en el *Corpus andocideum*), el titulado *Sobre los Misterios* (número I en el *Corpus*) y el que lleva por título *Sobre la paz con los lacedemonios* (cronológicamente el último y el número III también en el orden dispuesto en la obra de Andócides). En la primera su estilo es constreñido, encorsetado, falto de la variedad y viveza que muestran los otros dos discursos; en la segunda, en cambio, está ya dotado de una naturalidad y claridad sorprendentes que hacen pensar en Lisias; y en la tercera es ya bastante cuidado,

⁵³ And. III, 1 ss.

⁵⁴ And. III, 2.

⁵⁵ And. III, 2.

⁵⁶ And. III, 3-5.

⁵⁷ And. III, 6-7.

⁵⁸ And. III, 8-9.

⁵⁹ D. H. *apud* And. III, *argumento*. Harp. s. v. *Hellenotamiai, Neoria, Pegai*.

⁶⁰ B. L. GILDERSLEEVE, *AJP* VI (1885), 489. D. Macdowell, *Andokides, On the Mysteries*, Oxford, 1962, 18-19.

⁶¹ S. S. KINGSBURY, *A Rhetorical Study of the Style of Andocides*, Baltimore, 1899, 10.

hasta el punto de que en él aparece el hiato conscientemente evitado por lo general⁶². Ello revela una mayor preparación de Andócides y así se manifiesta, tanto en cuestión de estilo como de habilidad retórica, precisamente en este su último discurso, el *De pace*, que data del 391 a J.C. He aquí, como prueba de su recién lograda maestría en la argumentación oratoria, un brillante epíquerema extraído de la alocución mencionada⁶³:

«Afirmar algunos que ahora nosotros estamos constreñidos a hacer la guerra. Examinemos, pues, primeramente, varones atenienses, por qué razón vamos a tener que hacerla. Opino que todo el mundo estaría de acuerdo en que una guerra hay que emprenderla o porque se sufren agravios injustos o porque se presta ayuda a quienes han sido injustamente agraviados. Pues bien, nosotros hemos sido agraviados contra justicia y socorremos a los beocios, que lo están siendo. Si, consiguientemente, por parte de los lacedemonios se nos brinda la posibilidad de no sufrir ya agravios injustos y a los beocios les ha parecido bien hacer la paz dejando en libertad a Orcómeno, para que sea independiente, ¿por qué razón vamos a hacer la guerra?».

La limpieza en la argumentación que contiene el precedente pasaje contrasta fuertemente con la torpeza exhibida sin recato por Andócides cuando en su primer discurso, el *De reditu*, expone ante la *Eklesia* que en las deliberaciones la *Bulé* está menos expuesta al error que la propia asamblea que le escucha⁶⁴.

El *De pace*, pues, es, desde el punto de vista formal y a juzgar por el empleo que en él se hace de las técnicas oratorias, el discurso que señala la culminación de la carrera de Andócides como orador. Basta recordar, para corroborar esta opinión, que Esquines en su discurso *Sobre la embajada fraudulenta* en parte imita y en parte copia literalmente un pasaje de la mencionada alocución de nuestro orador, aquel en que éste, a través de datos erróneos, pasa revista a la historia de los tratados de paz que Atenas negoció con Esparta⁶⁵.

Pero aun así, todavía en esta pieza oratoria arrastra Andócides ciertos defectos, como la falta de orden y plan, la delimitación tajante, llevada a cabo mediante recapitulaciones, de partes y fracciones del discurso, y la ampulosidad y prolijidad que le son consustanciales.

⁶² Hay casos de hiato en los siguientes párrafos: 1, 4, 6, 10, 14, 15, 23, 26, 27, 30, 33. Pero, cf. G.E. BENSELER, *De hiatu in oratoribus Atticis*, Friburgo, 1841, 174: [...] *curam et studium quoddam reperies hiatus evitandi*.

⁶³ And. III, 13.

⁶⁴ And. II, 19.

⁶⁵ Aeschin. II, 172-176.

Por tanto, aunque se observa un gradual perfeccionamiento en los discursos de Andócides según va pasando el tiempo, desde el año 407 a J.C., en que pronunció el primero, hasta el 391 a J.C., fecha en que se daba el último, en ninguno de ellos encontramos al orador cumplido y bien instruido en el arte retórico. Y del mismo modo que en su manejo y disposición de los recursos de la oratoria asoma el aprendiz de orador aún no avezado a los procedimientos habituales de la retórica de su tiempo, así también en su estilo nos hallamos ante el aficionado que no ha logrado dominar las técnicas de su arte ni ha tenido tiempo para reflexionar largamente sobre ellas y ponerlas en práctica con exactitud y escrupuloso cuidado. Y de esta forma, mientras que Lisias compone hábilmente sus discursos elevando a rango literario una modalidad de lenguaje corriente dotada de sencillez y pureza tales, que a duras penas podrían lograrse sin estudio y ejercicio previos, Andócides, en cambio, deja entrever su falta de entrenamiento y profesionalidad con un estilo que tiende a la naturalidad y sigue las pautas del lenguaje cotidiano, pero que no alcanza su objetivo porque no se lo propuso de manera consciente y meditada su creador.

Hay abundante ejemplos, a nuestro parecer clarísimos, que pueden ilustrar cuanto decimos; nos contentamos con citar dos tan sólo: nada más comenzar el discurso *Sobre los Misterios*⁶⁶, Andócides da inicio a un período que en traducción dice, poco más o menos, así:

«Por ejemplo, yo, aunque muchos me transmitían que mis enemigos decían que yo ni aguantaría a pie firme y que emprendería la huida [...]»

Pues bien: en este preciso momento, nuestro orador rompe la estructura y continuidad del período para introducir las palabras mismas que empleaban sus enemigos, y alarga este paréntesis de tal modo, que al final ya no es capaz de reasumir el hilo de oración antecedente, que se queda por ello desprovista de verbo principal; en consecuencia, se ve obligado Andócides a recurrir a una nueva frase: «Peto yo, varones, tengo una manera de pensar muy contraria a la de éstos».

Veamos, en segundo lugar, un pasaje en el que llaman la atención las frases cortas ligadas de forma muy laxa y rematadas por un anacoluto⁶⁷:

«Y estábamos presentes en virtud de lo antedicho. Y el Consejo, una vez que estuvo al completo, levantándose Calias, el hijo de Hipónico, todavía llevando puestos sus atavíos oficiales, dice que hay un ramo de suplicante colocado sobre el altar y se lo mostró a ellos. Y luego el heraldo preguntaba en pública proclama quién había colocado el ramo de suplicante y nadie respondía. Pero nosotros estábamos al lado y ése no nos

⁶⁶ And. I, 4.

⁶⁷ And. I, 112.

veía. Y toda vez que nadie respondía y Eucles, aquí presente, se marchaba adentro tras haber hecho la interpelación [...] y llámale. Pues bien, en primer lugar, si esto que voy diciendo es verdad, testificalo, Eucles».

Ya los antiguos captaron con precisión los defectos del estilo de nuestro orador. Según Hermógenes⁶⁸, «Andócides se propone ser un orador político, pero realmente no lo logra del todo pues es inconexo y oscuro en la disposición de las frases y la mayor parte de las veces recurre a adiciones y expansiones desordenadas por el hecho de emplear inserciones sin limpieza de estilo; de ahí que haya parecido a algunos charlatán y, además, confuso».

Efectivamente, si revisamos minuciosamente la obra de Andócides, nos encontramos con frecuentes repeticiones de la misma idea o las mismas palabras⁶⁹ o, incluso, de frases enteras⁷⁰; con abundantes ejemplos de rompimiento, mediante cláusulas interpuestas, de la construcción de una oración principal, reasumida luego por partículas o pronombres deícticos (δέ, οὗτος, οὗτος δέ)⁷¹, y asimismo con otros en que aparecen frases ligadas entre sí por medio de una conexión débil y relajada⁷².

Un comentarista de Hermógenes señala que el estilo de nuestro orador pertenece al género «seco», es decir, desprovisto de ornatos⁷³. Este juicio coincide con los cuatro calificativos con que lo caracteriza el autor de la *Vita Andocidis*⁷⁴, a saber: «simple, desprovisto de aderezos, sencillo y falto de figuras». Opinión similar es la de Dionisio de Halicarnaso⁷⁵, implícita en un pasaje en que éste comenta el estilo de Lisias con las siguientes palabras:

«Excelente modelo de la lengua ática [...] de la habitual en su tiempo, como cabe probar utilizando como testimonios los discursos de Andócides, los de Critias y otros muchos».

Todas estas caracterizaciones del estilo de nuestro orador, no sólo no se contradicen mutuamente, sino que, al coincidir entre ellas, confirman nuestra opinión, según la cual Andócides intentó ser hombre político, pero no llegó a ser nunca consagrado orador. En efecto, ni fue logógrafo ni autor de un *Arte retórica* ni de ninguna colección de proemios ni se dejó influenciar por la sofística ni sobresalió, ciertamente, por sus

⁶⁸ Hermog. *Id.* 389 W; II, 416 Sp.

⁶⁹ And. I, 56; 58; 70-73; 80-81.

⁷⁰ And. III, 5; III, 7.

⁷¹ And. I, 27; 141; 149; III, 5; 34.

⁷² And. II, 3; I, 1; 2; 57-59; 137-139.

⁷³ *Rb. Gr.* VII, 26 Walz.

⁷⁴ Ps. Plu. *Vit. And.* 18.

⁷⁵ D.H. *Lys.* 2.

conocimientos acerca de la historia de Atenas. Por el contrario, llegó a la oratoria impelido por su talento natural y las circunstancias en que, desde su mismo nacimiento en el seno de una familia noble, se desarrolló su azarosa vida. Publicó sus discursos movido sobre todo por el interés que despertaba el contenido de ellos⁷⁶. En este punto —señala Blass⁷⁷— es comparable a Esquines, si bien las dotes de éste eran superiores, como lo fue el aprecio que ganó su obra ya entre los antiguos.

A Andócides, en cambio, los rétores no le estimaron mucho, dejando aparte el hecho de haber sido introducido en el *Canon de los Diez Oradores*. Ni Aristóteles ni Teofrasto ni Cicerón lo citaron ni lo mencionó Dionisio de Halicarnaso, en su obra *Sobre Iseo*, entre los grandes oradores. Y si es innegable que los creadores del *canon* de la oratoria, quienes escogieron a los diez mejores oradores áticos (selección que remonta, de primera instancia, bien a Cecilio, bien a los rétores de Pérgamo) lo prefirieron a Gorgias, Trasmaco y Critias, no es menos cierto que Dionisio de Halicarnaso⁷⁸ sólo lo citó dos veces de pasada, que Quintiliano⁷⁹ lo nombró en relación con el desconocido Cocco y que, según Filóstrato⁸⁰, Herodes Atico replicó «con gran urbanidad» a quienes le ensalzaban comparándole a los Diez Oradores del Canon: «Mejor que Andócides sí que soy».

Para nosotros, sin embargo, el interés que despierta Andócides radica precisamente en su oratoria espontánea y natural que sólo se permite muy de cuando en cuando algún juego de palabras⁸¹, ciertos *homeoteleuta* —muchos de ellos no intencionales sino casi inevitables⁸²—, alguna que otra *parequesis* (como, por ejemplo, la de *γνώμη* y *σῶμα* en II, 24, bien diferente de la que Antífonte, a base de *γνώμης* y *γλώσσης*, en V, 5, logra de intento combinar con antítesis en el seno de un contexto muy elaborado con el fin de que la figura descuella poderosamente), ciertas anáforas, preguntas retóricas de varia suerte, hipóforas y asíndeta que a veces nuestro orador exhibe combinadas más por efecto de la misma naturalidad y lozanía de su estilo que movido por el propósito de dar a su prosa apariencia de refinada y sofisticada elaboración. Véase por ejemplo, cómo conciertra estas tres últimas figuras en el epílogo⁸³ del dis-

76 Blass F., *Die attische Beredsamkeit*, I, 299.

77 Blass F., *Die attische Beredsamkeit*, I, 299.

78 D.H. *Th.* 51; *Lys.* 2.

79 Quint. XII, 10, 21: *Quis erit hic Atticus? Sit Lysias. Non igitur iam usque ad Coccum et Andocidem remitemur.*

80 Philostr. *VS* 565.

81 And. III, 27; I, 100; I, 124.

82 Cf., por ejemplo, And. I, 71.

83 And. I, 148 ss.

curso titulado *Sobre los Misterios*: «¿A quién, pues, haré subir a esta tribuna para que suplique en mi favor? ¿A mi padre? Mas está muerto. ¿A mis hermanos? Mas no tengo. ¿A mis hijos? Mas aún no me han nacido. Vosotros, pues, hacedme de padres, de hermanos y de hijos. A vosotros acudo en busca de refugio, os imploro y suplico. Vosotros, pidiéndoolo a vosotros mismos, salvadme».

El examen minucioso de la lengua empleada por Andócides nos conduce a la misma conclusión obtenida de nuestra reflexión sobre su vida y estilo: la lengua de nuestro orador produce la impresión de adolecer de la falta de control y selección que cabe esperar de quien practicó una oratoria improvisada y no previamente aprendida ni asimilada a base de estudios de retórica; de quien ejerció una elocuencia de hombre de acción y aventurero más que de hábil sofista o político firmemente enraizado en su patria.

Andócides emplea un ático especial que no es el castizo de Lisias o Demóstenes, sino una modalidad de ático, teñido de jonismos y poetismos, que con el tiempo dará lugar a la *koiné*. Es el ático de los orígenes de la prosa en Atenas, el del Viejo Oligarca y Antifonte, usado también por Tucídides. Así, junto a —ττ—⁸⁴ o la conjunción *ἐάν*, rasgos típicos del ático, vacila nuestro orador entre formas provistas de —ρρ— (por ejemplo: I, 117 *ἀρρένων*), más propias del ático castizo, o —ρσ— (por ejemplo: II, 16 *εὐθαροσεῖν*). Del mismo modo utiliza *ἐνεκεν* (I, 32) y *εἵνεκα* (I, 29) en vez de la forma ática *ἐνεκα*, y *οὖν* como preverbio o preposición, en lugar de *ξύν*. Hace, además, uso de perífrasis formadas por un sustantivo verbal y un verbo auxiliar⁸⁵ del tipo de *μήνωσις ἐγένετο*, o también *πρόσταξις ἦν* así como abundante empleo de nombres abstractos en —σις y —μα.

Al lado, pues, de un sinfín de rasgos que caracterizan a la *ἀρχαία Ἀτθίς*, que se encuentran también en el Viejo Oligarca, Antifonte de Ramnunte y Tucídides, y que reaparecen luego en la *koiné*, nos topamos también en la lengua de Andócides con otros, menos numerosos, que son propios del ático castizo, coloquial, de la modalidad de ático que exhiben las inscripciones.

Así, por ejemplo, entre los primeros cabe señalar: las formas tematizadas del tipo de *δεικνύω* (II, 14), *ἀπώλλυον* (I, 58; 114); el infinitivo de futuro *σώσειν* (II, 2), claramente analógico frente al más genuino *σώειν*, empleado en las inscripciones; compuestos verbales: *λυχνο-*

⁸⁴ El códice A brinda en And. III, 33 la lectura *τεσσαράκονθ'*, que, en nuestra opinión, habría que tener en cuenta.

⁸⁵ Cf. And. I, 14; I, 75.

ποιεῖν (frag. 5), λογοποιεῖν (I, 54), ναυπηγεῖν (III, 5); neutros sustantivados de adjetivos y participios: τὸ ἰοχυρόν (II, 2); εἰς τὸ ἀοραλές (II, 9); ἰαθῆναι τῷ ἐμῷ αἰσχυρῷ (II, 9); la preposición σὺν con pronombre personal: σὺν ἐμαυτῷ (II, 7); la preposición ἀνά: ἀνά πέντε ἀνά εἰκοσὶν (I, 38); una forma verbal en voz activa en vez de voz media: εὐωχεῖν (frag. 1), etc.

Entre los elementos típicamente áticos de la lengua de Andócides destacan los siguientes: el empleo de —ττ— en vez de —σσ—, aunque contamos con un ejemplo contrario: τεσσαράκονθ' (III, 33). Recordemos que una situación similar la encontramos en el Viejo Oligarca, donde frente a la generalizada —ττ— aparecen dos palabras con doble sigma: θαλασσοκράτορες (II, 2; 14) y ἄσσα (II, 17). Otros rasgos pueden considerarse auténticos arcaísmos del ático, como, por ejemplo, el dativo del reflexivo de tercera persona, οἷ, empleado por Andócides (I, 15; 38; 40; 41; 42) y, además, por el Viejo Oligarca (II, 17) y Antifonte de Ramnunte (I, 16; V, 93). También es arcaísmo el empleo del pronombre reflexivo αὐτοῦ para primera y segunda persona. Se registra este uso no sólo en Andócides (I, 114), sino también en Antifonte el Orador (V, 60). Lo mismo cabe decir respecto de la anástrofe de *περί* (*πέρι*), rasgo que se localiza en Andócides (III, 27), Antifonte de Ramnunte (I, 21), Tucídides (en veintisiete ocasiones) y, por si esto fuera poco, varias veces en inscripciones áticas del siglo V a J.C. (K. Meisterhans-E. Schwyzer, *Grammatik der attischen Inschriften*, Berlín, 1900³, 219). Por último, señalamos como rasgo típico y arcaizante del ático coloquial la desinencia —ντων, frente a la más reciente e innovadora—τωσαν, de tercera persona del plural del imperativo en voz activa; por ejemplo: διδασκόντων, que emplea Andócides en III, 40. Se encuentra también exclusivamente esta desinencia en el ático de las inscripciones hasta el comienzo del siglo IV a J.C.

En cuanto a las voces que utiliza Andócides únicamente de entre todos los oradores áticos, dejando aparte una, παρασυλλέγομαι⁸⁶, exclusivamente andocídea, las demás reaparecen —y ello no puede ser obra del azar— en autores que emplean la *koiné*. Así, προσπηδῶ⁸⁷ se recuentra en Dión Casio, Apiano, Aristéneto y en las *Diatribas* o Pláticas de Epicteto, fielmente transcritas por su discípulo Flavio Arriano, que son, como es sabido, un magnífico documento de la *koiné* vulgar. El vocablo ἀπολοφύρομαι⁸⁸ reaparece asimismo en las *Diatribas* de Epic-

⁸⁶ And. I, 133.

⁸⁷ And. II, 15; D.C. 77,5; App. BC II, 45; Aristaenet. II, 16; Arr. Epict. I, 2, 32.

⁸⁸ And. II, 16; Arr. Epict. IV, 1, 19.

teto; y los verbos παρακινδυνεύω⁸⁹ y ἐμπολεμέω⁹⁰, en Luciano y Plutarco respectivamente.

Por si eso fuera poco probatorio, aparece en Andócides un acusativo absoluto con el verbo γίγνεσθαι sin paralelo en la prosa prehelenística⁹¹. Lo mismo cabe decir de la expresión διάβολόν τι⁹² «cierta animosidad», que no encuentra apoyo en ático clásico y que, en cambio, evoca la sustantivación de διάβολος tan frecuente en *Los Setenta* y en el *Nuevo Testamento*. Asimismo, para volver a encontrar el significado «costar» para el verbo καθίστημι, con el que figura en un pasaje del discurso andocideo titulado *Sobre su propio regreso*⁹³, hay que penetrar de lleno en época helenística.

Bajo esa misma perspectiva hay que considerar los jonismos y poetismos de la lengua andocidea: son ingredientes importantes de ese nuevo ático que va a ser embrión de la κοινή. Ahí están vocablos y expresiones de innegable cuño herodoteo como ὑπούργημα (II, 17)⁹⁴, ο ἐκτεῖλαι τὸν θυμὸν (III, 31)⁹⁵, ο ἔδωσαν σφίσι αὐτοῖς λόγον (I, 135), ο εἰκὸς [...] ἄν τι ἐξαμαρτεῖν, que recuerda una expresión similar de Herodoto⁹⁶, o, finalmente, λόγον ἀνοσιώτατον λέγοντες (I, 23)⁹⁷.

Y he aquí, por último, algunos poetismos, bien palabras aisladas, bien giros, muchos de los cuales están tomados de la lengua de la tragedia y reaparecen en el griego de la prosa helenística: citemos, en primer lugar, los arcaísmos τοῦτο μὲν / τοῦτο δέ⁹⁸, τε coordinado con καί en la secuencia τε καί⁹⁹, el dativo del pronombre de tercera persona οἱ¹⁰⁰, la combinación de partículas γε μέντοι¹⁰¹ (frecuente en la tragedia y en Jenofonte), etc., todos ellos prácticamente ausentes del resto de la oratoria si prescindimos, por el momento, de Antifonte.

En segundo lugar, dejando aparte los giros poéticos transplantados del drama a la prosa andocidea, nos encontramos con voces como

⁸⁹ And. II, 11; 18; Luc. *Icar.* 22.

⁹⁰ And. III, 27; Plu. 2.252 a.

⁹¹ And. I, 81.

⁹² And. II, 24.

⁹³ And. II, 11.

⁹⁴ Cf. Hdt. I, 137, 1.

⁹⁵ Cf. Hdt. VII, 10.n.

⁹⁶ Cf. Hdt. VIII, 68,β.

⁹⁷ Cf. Hdt. IX, 78, 1.

⁹⁸ And. I, 103; II, 16; 17; III, 40.

⁹⁹ And. II, 3; 4; 7; 8; 10; 11; 15; 16; 17; 18; 19; 20; 22; I, 12; 41; 109; 111.

¹⁰⁰ And. I, 15; 38; 40; 41; 42.

¹⁰¹ And. II, 20.

ἐπαυρέσθαι¹⁰² y ἄπονον¹⁰³, envueltas en indiscutible halo poético, presentes en la lengua de la tragedia y recobradas por Aristóteles, Polibio y Estrabón¹⁰⁴. Lo mismo podemos comentar respecto del término φοικώδη¹⁰⁵, testimoniado en Eurípides, que pasa luego al *Corpus hippocraticum* y, ya en prosa tardía, reaparece en Aristóteles, Plutarco y el Papiro de Estrasburgo¹⁰⁶; o de la voz κληδών¹⁰⁷, atestiguada en Esquilo, *Los Setenta* y papiros mágicos¹⁰⁸, o de los vocablos ἀνήκεστος¹⁰⁹, περικάονται¹¹⁰, ἐπιγαμέω¹¹¹, ἀποκερδαίνω¹¹², συγκατέσκαψας¹¹³, etc.

Consideremos, finalmente, para cerrar este capítulo, dos términos de claro origen poético, asimilados por Andócides y redivivos luego en la *koiné*: φιλότης y δυσπραξία. El primero, empleado por los tres grandes trágicos, aflora en la prosa de nuestro orador y Antifonte el Sofista, y continúa existiendo en Aristóteles¹¹⁴. El segundo pasa de Esquilo y Sófocles a Menandro¹¹⁵ a través de ese importante hito en que surge una modalidad de ático que hemos dado en llamar embrión de la *koiné*.

La lengua de la tragedia — naturalmente la empleada en sus partes no corales — influye, pues, decisivamente en la remodelación del ático que con el tiempo se tornará en *koiné*, en griego helenístico. Aquí reside en no pequeña medida el interés que despierta la prosa de un orador como Andócides. Mientras que la clara y castiza prosa de un Lisias va a sucumbir definitivamente pese a la artificial reanimación del aticismo en el siglo II d J. C., la de nuestro orador se mantendrá viva hasta el griego moderno.

La figura del orador Andócides en la historia de la literatura y de la lengua griegas merece, por tanto, un capítulo aparte. A igual distancia de Antifonte que de Lisias, Andócides representa la oratoria ática libre y sin bridas, tan desenfrenada como la vida del propio orador.

102 E. *IT* 529.

103 S. *OC* 1585.

104 Arist. *EN* 1163 a, 20; 1168 a, 24; Plb. 18,11,7; Str. III, 4, 18.

105 And. I, 29.

106 E. *Hipp.* 1202; Hp. *Epid.* 1,2; Arist. *Mir.* 843 a, 16; *PStrass.* 48,6.

107 And. I, 130.

108 A. *Ch.* 853; LXX, *De.* 18,14; *PMag. Oxy.* 886,22.

109 Ant. I, 142; A. *Ch.* 516; Plu. *Per.* 39.

110 And. II, 2; LXX, 4, *Má* 16,3.

111 And. I, 128; E. *Or.* 589; Plu. *Cat. Ma.* 24; *D.S.* 16,93.

112 And. I, 134; E. *Cyc.* 432; Luc. *DMort.* 4,1.

113 And. I, 101; E. *Pb.* 884; Str. XII, 4,3.

114 And. I, 145; III, 30; A. *Pr.* 193; S. *Aj.* 1410; E. *IT* 498; Antipho Soph. 49; Arist. *EN* 1168 b, 80.

115 And. II,5; A. *Pr.* 966; S. *OC* 1399; Men. 707.